

acumulación concatenada o yuxtapuesta y la otra como síntesis de tópicos homogéneos; ambas remiten a la historia política (los simbólicos 1910 o 1968, según el caso) como coordenadas de un objeto de estudio que se caracteriza por sus cualidades estéticas intrínsecas y, finalmente, las dos propuestas analizan la literatura según los géneros en sí mismos y no en la relación que entre ellos se establece.

Visiones panorámicas como *La literatura mexicana del siglo xx* de José Luis Martínez y Christopher Domínguez Michael son inobjetable en su conveniencia y utilidad: permiten organizar, esclarecer y precisar las características de un pasado literario y cultural; son valiosos puntos de partida para reconsiderar puntos de vista. Desde una perspectiva historiográfica, repito y subrayo, el doble panorama puede ser discutible en su concepción, pues en ninguno de ambos casos se percibe el proceso por el que atraviesa la literatura en su devenir dentro del tiempo (acontecimientos sociales, políticos, económicos, culturales, etc.), el espacio (México y el mundo) y los hombres, ni se analizan las cualidades intrínsecas de la literatura en lo que es en sí misma, no obstante la permanente presencia de los tópicos —sucedáneo válido, pero no suficiente.

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA

Universidad Autónoma Metropolitana

DARÍO VILLANUEVA, *Estructura y tiempo reducido en la novela*. Anthropos, Barcelona, 1994; 447 pp.

El tiempo reducido es un fenómeno en la vida cotidiana y un concepto en la narratología. Aquél me exigió que practicara una rauda “lectura paradigmática” cuando me aproximé por primera vez a *Estructura y tiempo reducido en la novela*, volumen de Darío Villanueva.

En efecto, repasar el índice, hojear azarosamente el volumen y detenerse en algún párrafo son ejercicios útiles para buscar con rapidez las grandes líneas que ejemplifiquen los modos de tratar cada asunto, así como el enfoque, el grado de profundidad y, en fin, el provecho prometido por la obra. Igualmente, la lectura paradigmática ofrece, sobre todo a través del índice, la estructura profunda del texto: la arquitectura tanto del volumen como de los propósitos del autor. Revela también cuánto espacio ha concedido éste a cada aspecto del asunto.

Hay espíritus, como el de Paul Valéry o el de Jorge Luis Borges, que revelan un gusto especial por las estructuras, como si al acercarse a un texto percibieran de inmediato el esqueleto, la trabazón íntima de los grandes temas. Villanueva trabajó en círculos concéntricos decrecientes por cuanto se refiere al grado de generalización y a la amplitud geográfica.

fica y temporal de sus ejemplos: en el primer capítulo, “La renovación de la novela en el siglo xx”, nos presenta distintos marcos conceptuales, entre ellos la noción de “reducción temporal” (p. 42); asimismo, establece varias comparaciones (como “Novela y sociedad” en la p. 17 y “Novela y pensamiento” en la 18) y tipifica sus ideas con textos tomados de las más diversas literaturas. En el segundo capítulo ya se ciñe al concepto fundamental del libro, siempre en el marco de nuestra centuria, aunque busca antecedentes en autores decimonónicos como Fedor Dostoievsky. Ambos capítulos configuran la primera de las dos partes de la obra, “El tiempo en la estructura novelística del siglo xx”, y en ellos se percibe uno de los rasgos fundamentales de la estructuración del discurso crítico en Villanueva: el ejemplo constante y misceláneo, ya sea a través de pasajes y fragmentos muy bien delimitados, ya sea por medio de tendencias generales en una determinada obra o *corpus*. Esta estrategia aligera y aun ameniza la lectura, aunque a veces el análisis se condensa de tal modo que el concepto de “reducción” podría aplicarse, sin un tono exclusivamente positivo, al propio investigador: por ejemplo, al hablar de Miguel de Cervantes (pp. 52-54), Villanueva ofrece apuntes muy sugestivos, pero a todas luces insuficientes con respecto al manejo del simultaneísmo y la cronología en *El Quijote*. En otros casos, un juicio de valor con un aire digno de suplemento cultural o de tertulia se desliza en algún adjetivo tal vez entre impensado y casual: “Una novela de otro *discutido* Premio Nobel, el alemán Heinrich Böll” (p. 126; las cursivas son mías). El párrafo destinado a Böll se tiñe entonces de un aire implícito de cuestionamiento.

La segunda parte, “La reducción temporal en la novela española de la posguerra (1949-1974)”, es más amplia y puede conceder a cada novela más espacio, esto es, una mayor amplitud, inversamente proporcional a la concentración en un solo *corpus* novelístico. El carácter un tanto enciclopédico de la primera parte se torna en la segunda más afín al de un imprescindible diccionario de la novela española de la posguerra. Aquí también Villanueva diversifica el propio texto con ejemplos y, sobre todo, con comentados y estudiados resúmenes de los argumentos respectivos, lo cual convierte este libro en un agradable émulo peninsular de los infaltables *Mil libros*.

No es, ciertamente, sólo eso; no es sólo un deleitoso panorama de la narrativa de la posguerra española: entre las encadenadas sinopsis hay una serie de análisis agudos y pormenorizados y de muy útiles conceptos y matices, y entre estos últimos destacan los aplicados a la noción central del libro: “reducción lineal” (capítulo tercero, pp. 137-206), “reducción simultaneística” (capítulo cuarto, pp. 207-292) y “reducción retrospectiva” (pp. 293-436). El concepto básico se ha definido ya en la primera parte (pp. 45 ss.) y consiste en aquello que Wolfgang Iser llamó ampliación del retículo de percepción (o aprehensión) de los hechos narrados: la lente se aproxima tanto a los acontecimientos que los deta-

lla al punto de la minuciosidad extrema y sólo abarca unas horas o unos cuantos días. Efectivamente: el *Ulises*, de James Joyce, nuevo *Quijote* de los recursos narrativos, como lo llama Villanueva, es asimismo el paradigma de la reducción temporal, entre otras razones porque las acciones cubren justamente un día de vida. Efectivamente: la reducción temporal es parte de una estrategia de ampliación en otros aspectos de la historia, como la introspección y la penetración psicológicas. Efectivamente: la novela decimonónica culminó un larguísimo proceso de apropiación del mundo y del universo a través de un género literario característicamente moderno, mientras que la novela del siglo xx inició un proceso acaso muy distinto, menos ambicioso en los parámetros del tiempo y del espacio, pero sin duda acorde con la reducción de la aptitud humana para percibir más allá de una zona o una época, reducción en buena medida provocada por las guerras fratricidas o mundiales, una de ellas (cruenta entre las más cruentas del siglo xx) trasfondo del *corpus* novelístico estudiado por Villanueva.

De acuerdo con la terminología de Gérard Genette, la “reducción temporal” se vincularía con un predominio de la “escena” en la narración, y ello tal vez asimismo se ligue con el deseo entre los escritores de dar cuenta de una realidad abrumadora, a un tiempo absoluta, absorbente y gris (como ocurre en *La colmena*, de Camilo José Cela), o de una realidad trágica pero cotidiana y aun ordinaria, imposible de explicar con grandes conceptos o de plasmar en enormes frescos narrativos, así que se opta por una perspectiva más o menos próxima a la de la crónica. Ahora bien, Villanueva no alcanza a tratar aquella novelística de las últimas dos décadas en la que ya se notan las marcas distintivas de la posmodernidad: sin que ésta necesariamente prescindiera en definitiva de la reducción temporal, tampoco vuelve al panóptico cronológico de la vasta épica decimonónica; más bien, como recuerda Antonio Sobejano-Morán en “Modalidades discursivas en la ficción posmoderna española” (*NRFH*, 43, 1995, 37-58), prefiere “el discurso diegético sobre el discurso mimético” (p. 38), lo cual posiblemente revele un nuevo cambio de estrategia en los vínculos entre la realidad y el lenguaje literario: la reducción temporal habría sido un instrumento esencial en la primera parte del siglo xx para buscar en lo más inmediato aquello que ya no se podía encontrar o describir en lo más vasto (los grandes sistemas y modelos, las “grandes palabras” de las que habla Rilke); ahora se habría dado otro paso y se estaría ante un cuestionamiento más profundo y una autorreferencialidad tan honda y programática que ya incluso la reducción temporal, tal como se la trabajó en el período estudiado por Villanueva, resultaría demasiado referencial, demasiado continua (aun en sus ejemplos máximos de discontinuidad), demasiado moderna.

ALBERTO VITAL

Universidad Nacional Autónoma de México